



se esparció la voz de estar fijada la partida para aquella misma noche; y aunque el hermano del rey, el infante D. Antonio, se presentó á preguntarle si era cierto, y Carlos le respondió que descansase tranquilo, porque, en caso de decidirse á salir, no lo haría entre las sombras, sino á la luz del día, manifestando antes los motivos que le obligaban á ello, la alarma no se aquietó. Su servidumbre precisamente, la del inepto D. Antonio, era la que más se notaba entre la muchedumbre avivando la inquietud. Aranjuez estaba entónces, fuera de costumbre, lleno de forasteros de Madrid y las cercanías, en cuyo semblante se veía cierta disposición siniestra; y la tropa más inclinada se mostraba á proteger que á contrariar sus intentos. Se corrió que el príncipe había dicho á un guardia de corps: «Esta noche es el viaje, y yo no quiero ir.» Dentro y fuera de palacio, todo favorecía á los conspiradores.

Puestos de acuerdo con Beauharnais, que sin duda creía aún al emperador interesado en casar al príncipe de Asturias con alguna princesa de su familia, convinieron en los medios de impedir á todo trance el viaje y amedrentar á Godoy para obligarle á la fuga. El allanamiento de su casa pareció el medio más conducente; pero sin duda que los que lo propusieron en el conciliábulo estaban bien persuadidos de que un tumulto que penetrase en la habitación del valido no se contentaría con verlo huir.

Ya llegó la anunciada noche. Los reyes, no habiendo notado en su paseo de la tarde ninguna demostración alarmante, y habiendo recibido de todos los ministros, en particular de Caballero, las mayores seguridades de que no se alteraría el orden, se acostaron, si no tranquilos, gozosos de que no se hubiese realizado ninguno de los terribles rumores que habían llegado á sus oídos. A la vista prevenida de Godoy no habían pasado desapercibidos ciertos indicios recogidos en la población; pero sus sospechas estaban contradichas por todos sus colegas, y como era preciso no permitir que se atribuyesen á flaqueza de espíritu, á las diez de la noche se retiró de palacio, sin tomar ninguna prevención. Al atravesar las calles en medio del más profundo silencio sin encontrar á nadie,

tal vez se persuadió también de que sus recelos habían sido sólo aprensiones de un espíritu preocupado.

Los conspiradores, sin embargo, no dormían. Habíase reunido una turba de lacayos y cocheros de las familias que se hallaban en el sitio, sin exceptuar los palafraneros del infante D. Antonio; los forasteros traídos de Madrid, algunos trajineros manchegos, gente del vecindario y soldados de la guarnición, se les habían agregado, y rondaban las calles del pueblo en patrullas con mucho orden. Todos obedecían á la voz de uno á quien llamaban *el tío Pedro*, con cuyo nombre y bajo un traje popular se ocultaba el revoltoso conde de Montijo. Háse dicho que su objeto no era más que vigilar las salidas de la población para impedir la fuga de los reyes, y que el motin que estalló fué casual, á consecuencia de la salida de un coche de casa de Godoy, que un peloton quiso reconocer, y á lo que se negaron los que dentro iban, que era Doña Josefa Tudó acompañada por dos guardias de honor. Otros creen que todo fué premeditado, porque á los directores constaba muy bien la contestación del rey á su hermano, así como que no había ningún preparativo definitivo de viaje, y que los reyes se habían acostado. También se ha dicho que la aparición de una luz en una ventana del cuarto de Fernando, puesta por él mismo, fué la señal para el rom pimiento de tumulto.

Como quiera, ello fué que se oyó un tiro; que á este tiro sucedió inmediatamente un toque de corneta, y que al punto se puso en movimiento toda la población, los unos yendo á tomar las salidas, creídos de que había sido aquella la señal de marcha, los otros en dirección de la casa de Godoy. Acudieron luego allí todos, y en medio de una espantosa gritería forzaron la puerta, sólo custodiada por nueve hombres, se derramaron por los salones en busca del objeto de su encono, y no hallándole, se desahogaron destrozando, arrojando á la calle y prendiendo fuego á todas las preciosidades de aquella suntuosa morada. Fué de notar que los amotinados, gente del pueblo en mucha parte pobre, cuidasen más de arrojar á la hoguera que de guardar alguno de los objetos de



gran valor que sus manos cogían. Esto, sin embargo, no es un ejemplo raro en el pueblo, y aún es propio de esos momentos de calor en que la pasión de la venganza ahoga toda otra idea. También llamó la atención que, mientras se buscaba á Godoy para matarle, las mismas personas prodigasen mil atenciones á su esposa y á su hija, llevándolas como en triunfo á palacio; triste contraste que explica la falsa creencia vulgar de ser ambas objeto de malos tratamientos de parte de aquel. Pero lo que verdaderamente fué de extrañar es que aquella turba respetase las insignias honoríficas del objeto de su rencor, las cruces, y los diplomas, los collares, y que en vez de echarlas al fuego, las colocase en una bandeja y se la llevase al rey como para significarle que no se había levantado sino contra la persona del valido, aunque pudo ver igualmente en semejante hecho una táctica censura de la indiscreta confianza que en él pusiera.

De todas maneras estas atenciones, impropias de un pueblo rudo, prueban bien que los directores de la turba iban á su cabeza, y que no eran sino frívolos palaciegos. Lo que más que todo lo prueba es que, en más de cinco horas que duró el alboroto, y el destrozo, no se presentó ni un piquete á contenerlo, y, al contrario, las tropas estuvieron como de testigos oyendo todo en la inacción, retenidas en los cuarteles por una supuesta orden del rey. Al fin del tumulto, cuando la casa estaba completamente saqueada, fueron enviadas dos compañías de guardias españolas y walonas para custodiarla.

Los reyes, sobresaltados con los primeros gritos, se levantaron de la cama y estuvieron asistiendo con el oído atento, en una mortal angustia, á todos los peligros en que su imaginación creía envuelto á su querido Manuel. Carlos manifestó más de una vez vivos deseos de acudir á su socorro y apaciguar el tumulto; mas los que le rodeaban sofocaban sus generosos impulsos ponderándole los peligros á que se exponía su autoridad y su vida, y sólo pudo conseguir sobre la mañana que el príncipe de Asturias saliese al balcón para calmar á la multitud. Dijoles entonces á los reyes que Godoy

había podido salvarse y que probablemente habría tomado el camino de Andalucía, en cuya inteligencia hicieron salir una partida de caballería para protegerle. Creyendo también que sería el mejor medio de salvarle, cedieron á las vivas instancias con que los ministros les pedían la destitución, como una concesión á tan críticas circunstancias, publicándose en la madrugada del 18 en estos términos: «Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode.» Honra sobremanera á Carlos la resistencia que opuso á escribir ninguna expresión humillante contra su desgraciado amigo en este decreto ni en la carta que puso á Napoleón noticiándosele. El pueblo recibió con júbilo la concesión, y al salir á los balcones la real familia, á fin de alejar toda idea de desaire, pareció que quería desagaviar á sus soberanos prodigándoles los vítores y las felicitaciones.

Así terminó aquella revuelta noche sin que durante el día siguiente sucediese otro motivo de inquietud que la prisión del hermano de Godoy, D. Diego, coronel de guardias españolas, á quien sus mismos soldados arrancaron las insignias. Los reyes temieron con esta ocasión nuevos alborotos; pero la gente se retiró luego, y la noche se deslizó tranquila, aunque lenta, sobre sus agobiados espíritus.

Por la mañana, cuando con la luz del día parecía renacer en ellos la serenidad y la confianza, volvieron nuevos anuncios de trastornos á sumergirlos en grande abatimiento. Caballero, que, como los demás ministros, había pasado la noche en palacio, apenas acababa de salir entre ocho ó nueve de la régia estancia, tornó á ella acompañando al príncipe de Castelfranco y los capitanes de guardias conde de Villariego y marqués de Albudeyte, quienes manifestaron al monarca que acababan de saber por dos oficiales bajo palabra de honor en el secreto, que estallaría aquella noche otro alboroto más temible que el anterior. Habiéndoles preguntado si respondían de su tropa y respondido encogiéndose de hombros, que sólo el



*príncipe de Asturias podía componerlo todo, se aterró de tal manera Carlos, que no vaciló en humillarse á su hijo, pidiéndole, por medio de Caballero, que les librase de nuevas aflicciones. Acudió el príncipe á la real cámara, y ofreció impedir por medio de los segundos jefes de los cuerpos, que se decía ser de más confianza, la repetición de nuevos tumultos, y que mandaría regresar á Madrid á varias personas sospechosas, haciendo salir á sus criados por la población para apaciguarla. El príncipe no reparó seguramente que, al dispensar tal protección y demostrar tanto poder, se delataba á sí mismo. Godoy dice en sus memorias que la entrevista de Caballero y los guardias con los reyes, no fué en realidad sino una tentativa concertada con el fin de que el temor al pueblo que Carlos tenía y la demostración del poder de su hijo, le indujesen á cederle la corona. Los hechos posteriores fortalecen á la verdad esta aseveración.*

Con las promesas del príncipe respiraban con más libertad los reyes, cuando de repente, á eso de las diez de la mañana, se esparce la voz de que Godoy había aparecido, y una nueva llamarada se levanta en aquel mal apagado incendio. Godoy, en efecto, no había salido de Aranjuez, como se creía. Cuando en la para él aciaga noche del 17 oyó el tiro, el toque de corneta y el vocerío que se acercaba, conoció al punto que no se había equivocado y que el objeto de la alarma era él únicamente. Cogió trémulo algún dinero, se envolvió en un capote y subió precipitadamente á las buhardillas seguido de un ayuda de cámara, que al oír dentro de la casa los gritos, cerró á su amo en el cuarto de un mozo de cuerdas, y se bajó á mezclarse con la multitud, á la cual dijo fingiéndose animado del mismo deseo que ella, que el valido se había dirigido á la puerta que comunicaba con la casa de Osuna. A este fiel criado, que, tratando en seguida de ver al rey, fué reconocido, apaleado y preso en la cárcel, debió Godoy su salvación, porque, fiada en su dicho, la turba no registró más que los pisos bajos, retirándose en la seguridad de la fuga. En cambio sufrió todas las torturas de la agonía, esperando á cada momento ver entrar la horrible figura de la muerte en la desaliñada

persona de alguno de sus perseguidores. El susto mayor lo recibió al anochecer del siguiente día, cuando la inquilina de su escondrijo entró en él acompañada de un hombre de mala catadura á recoger su pobre ajuar suponiendo que su marido estaría preso. Godoy, al oír sus pasos y los golpes en la cerradura, se ocultó en un oscuro rincón como mejor pudo, pero esperando el momento de ser apercibido. En esta crítica situación, y mientras la mujer reunía sus prendas, asistió á una conversación cuyo objeto era él mismo. Ella le compadecía, mas el hombre hablaba de él con encono. Por fin se marcharon dejándole un tormento mayor que cuantos había sufrido, el del hambre y la sed por haberse llevado el poco pan y el jarro de agua que tenían aquellos infelices. ¡Qué lección ofrece á los insensatos que fían en los palacios y en la seguridad del poder, ese hombre pocas horas antes mimado por sus reyes, pisando la cumbre de la grandeza, obedecido de todos, y ahora por todos perseguido como una fiera y condenado en un miserable desván á envidiar las migajas de un pobre! «¡Oh! ¡larga noche! ¡eterna! exclamaba él muchos años después de haberla pasado, ¡noche de desvarío y de soñar despierto, ardiendo en calentura, la calentura de la sed, la peor de todas, la más brava, la más aguda y más punzante!...» Al fin no pudiendo resistirla, se resolvió en la mañana del 19 á descubrirse, esperando la ocasión de que se acercase á él algún soldado de los que habían pasado la noche jugando y bebiendo abajo. Aproximáronse primero unos walones; pero no le inspiraba confianza su uniforme, y no salió de su aposento sino cuando vio á un artillero en quien por ser español y por pertenecer á un cuerpo que él había distinguido, creyó que podía fiarse. «Escucha, le dijo en voz baja, yo sabré serte agradecido.» El primer movimiento del soldado, á pesar de la sorpresa, le fué favorable; pero, reflexionando sin duda que aquel era el hombre á quien buscaban furiosos paisanos y soldados, le contestó «no puedo,» y bajó á todo correr la escalera pronunciando con voz asombrada el nombre de Godoy. Conociendo este desventurado por el estrépito de armas, pasos y gritos que aquél produjo,



que sería vana ya toda tentativa de fuga ni ocultación, se decidió á entregarse por sí mismo, y bajó á presentarse en medio de los soldados, á quienes habló poniéndose á discreción suya y excitando su piedad.

Ellos probablemente le hubieran respetado; pero cuando empezaba á creerse fuera de peligro, porque ni le maltrataban ni le prendían, entraron otra vez en su casa las turbas, reunidas como por encanto á la voz, eléctricamente derramada, de su hallazgo. Entonces perdió toda esperanza de salvación, é indudablemente hubiera perecido si tarda algunos minutos más el piquete de guardias de la real persona que á rienda suelta llegó á su socorro. Colocado en medio de ellos, emprendió la larga travesía del cuartel, seguido de una multitud furiosa que crecía por instantes, y que, armada de palos, sables, fusiles, piedras y cuanto hubo á mano, rodeaba á la escolta y entorpecía su marcha buscando un claro para ofenderle. Fué preciso apresurar el paso, y para eso tuvo el infeliz que colocarse entre dos caballos, apoyarse en los arzones y marchar así, casi en el aire y sin fuerza apenas para sostener un largo trecho. El temor de herir á los guardias fué lo único que le salvó, y aun así los golpes que le asetaron por entre los caballos y por bajo el vientre le causaron una grave herida en la frente y muchas contusiones. Notóse que los que más cruelmente le perseguían eran lacayos y cocheros, entre los cuales conoció él mismo á dos criados del infante D. Antonio.

Carlos quiso también esta vez salir á refrenar la agitación; pero encontrando reflexiones contrarias y obstáculos en los que le tenían asediado, hizo que el príncipe de Asturias, el talismán de las inquietudes turbas, volase á amparar á su malaventurado amigo. Llegó, en efecto, oportunamente, cuando la multitud, viendo subir á Godoy las escaleras del cuartel, redoblaba su gritería y los esfuerzos para alcanzarle temiendo no tener otra tan buena ocasión de cebar su venganza. Las amonestaciones de Fernando y las promesas de que el reo sería juzgado y castigado con arreglo á las leyes, lograron fácilmente que la muchedumbre se sosegase, convirtiéndose en vivas á él los muera

que hasta entonces había proferido y que se dispersase dejando al valido en el cuartel de guardias; en aquel cuartel precisamente que hacia diez y seis años le había visto salir para subir al lado del trono y que ahora le miraba tratado como el más vil criminal, perseguido como una fiera, sin un amigo que acudiera á su protección y consuelo. ¡Lecciones de la inconstante fortuna que parece dictar la Providencia para escarmiento de ambiciosos y tiranos, y para advertencia de pueblos desavisados!

La vida de Godoy es, en efecto, una de las más severas lecciones que puede ofrecer á una monarquía la historia. Su elevación, su gobierno, su caída, todo es en ella instructivo, si quiera sea á costa de la nación, que también consiste la experiencia de los pueblos en la suma de sus dolores. Nuestros anales, fecundos en indignas privanzas, no presentan un ejemplo que mejor manifieste los males que ocasiona á los estados este vicio tan común, si no inherente, á la organización monárquica. ¿Cómo, si la voluntad de un sólo hombre no fuera la suprema, la única regla que en ella rigiese, hubiera sido ministro de España un hombre sin instrucción científica, sin práctica de los negocios y sin nombre? ¿cómo hubiera salido Godoy de su cuartel de guardias sin las torpes liviandades de María Luisa, para ocupar el primer puesto del Estado? Una lección popular equivor cada habría podido llevarle á figurar en un congreso, y los intereses de un partido habrían podido también elevarle á un ministerio; pero no hubiera sido ciertamente el árbitro de los destinos de la nación, ni hubiera podido dejar de respetar su origen. Tan virtuoso es el principio popular que el mismo Godoy, ministro por la elección más ó menos directa de un cámara representativa, habría sido, á no dudarlo, muy distinto.

Porque su condición natural era blanda, su deseo del bien sincero, y su talento bastante despejado para apreciar las necesidades de un pueblo que tuviese libertad para expresarlas. De la persecución de Jovellanos acaso debe culparse más á María Luisa, á quien había ofendido la austeridad moral de aquel hombre ilustre, que al resentimiento de Godoy ni al temor



de verse otro día suplantado por aquel en quien tanta superioridad reconocía. Si no se le hubiera visto tratar con benignidad á muchos de sus enemigos y hasta conservarlos en altos destinos, no sospecharíamos que aquella mancha, que ennegrece su memoria, tal vez no cayó de sus propias manos. De su deseo del bien tambien responde la lucha, si no enérgica casi incesante, que sostuvo con la Inquisicion, la oposicion que hizo á los abusos de las inmunidades eclesiásticas, la desamortizacion emprendida de la inmensa riqueza eclesiástica, la entereza con que combatió las preocupaciones y los extravíos vulgares haciendo cumplir el decreto de Carlos III contra los enterramientos dentro de las iglesias, y dictando, aunque poco discretas, algunas disposiciones contra la pasion del pueblo á las funciones de toros, que no se destruirán jamás con decretos; responden las mejoras que introdujo en la enseñanza pública, particularmente en la de las ciencias físicas, la escuela de sordo-mudos, erigida bajo su proteccion, la expedicion de la vacuna, cantada por uno de nuestros mejores poetas, y el favor, por último, que dispensó á la agricultura contra los perniciosos privilegios de la ganadería, y á las bellas artes, que florecieron de un modo notable bajo su gobierno. Si en algunos de estos bienes no hizo más que ensayos, si desistió de varios al tropezar con obstáculos, si vaciló más de una vez al emprender una reforma, cúlpese no á su corazon, que para honrarlo eso basta, sino á su falta de instruccion y convicciones, á las preocupaciones de la época y al odio general que le atrajeron el vergonzoso origen de su poder y sus desaciertos políticos; odio que le negó la gratitud de sus contemporáneos por aquellos beneficios y que la historia debe tributarle.

La paz de Basilea no fué á nuestro juicio tan ignominiosa como impolítica fuera la prosecucion de la guerra con la república despues de la primera campaña; pero la innecesaria alianza de San Ildefonso, esa oprobiosa convencion, á la cual pueden atribuirse todas las calamidades de aquella época triste para todo buen español, debió de ser para él, ya desencantado, un crudo remordimiento. Ella le so-

metió al yugo de Napoleon; ella le comprometió á la torpe y desleal campaña de Portugal, sobre la que le dijo entonces con mucho tino un anónimo: «si ganas, pierdes, y si pierdes, ganas;» ella impuso á España costosos sacrificios; ella le obligó á la guerra con la Gran Bretaña que aniquiló nuestra marina; ella le sujetó al humillante convenio del subsidio; ella le hizo instrumento y víctima de las intrigas de Napoleon al firmar el pérfido tratado de Fontainebleau; ella, finalmente, le convirtió en verdugo de una patria, á la cual, en medio de todo, tenía apego y amor.

Mucha parte tuvo tambien en estos desastres su ambicion, sobre la cual un historiador de crédito ha dicho estas terribles palabras: «Sórdido en la avaricia, vendia como en pública almoneda los empleos, las magistraturas, las dignidades, los obispados, ya para sí, ya para sus amigos ó ya para saciar los caprichos de la reina.» No podemos nosotros asegurar que fuese tan escandaloso su peculado, del cual han quedado testimonios irrecusables en los suntuosos palacios que construyó; pero debe decirse al mismo tiempo que su ambicion no era estimulada por la abyecta avaricia, sino por una insensata pasion al lujo y á la ostentacion. Su morada, su tren, sus arreos, su servidumbre oscurecian á los del rey.

La exterioridad del poder, los títulos, los honores, las dignidades, le seducian más que el provecho que las almas completamente degradadas buscan en el mando. Tenía, en una palabra, más vanidad que baja ambicion. Por eso, á nuestro juicio, no soltó el poder aun cuando concitó contra sí al príncipe de Asturias, que es uno de los mayores cargos que le hará la posteridad. Pero aun así, su ejemplo era funesto; porque no se ocultaba que, si con una mano protegía á las artes y las letras, con la otra sembraba la desmoralizacion en el país.

Despues de todo, tambien es justo decir que subió al poder en una de las más grandes crisis por que ha pasado el mundo, y cuyos efectos ni él ni nadie hubiera podido evitar. Tomó el timon en tiempos de borrasca, y se le ha acusado de los destrozos que ella causó juntamente con los que aumentó su impericia. En



tiempos más bonancibles su origen, sus torpezas y su fausto hubieran solamente dado pábulo á las murmuraciones de envidiosos palacios; el pueblo hubiera callado, ó al ménos sufrido, que no era espectáculo nuevo para él el que Godoy le daba, y los poetas venales y los aduladores de todas clases hubieran derramado flores sobre la tumba del protector de las letras y las artes, como las derramaron á sus piés mientras les vieron llenando el asiento de la autoridad. No quiere decir esto que nosotros tengamos por injusto el fallo que sobre él lanzaron sus contemporáneos, que nunca lo es el de una nacion entera, sino que no se ha dicho todavía, como era de razon, que una parte de los males que la privanza de Godoy causó á España pertenece á la calamitosa época en que ocupó el poder, otra parte á las preocupaciones del vulgo, otra parte á su propia ignorancia, otra parte á la facultad discrecional de un rey para nombrar sus ministros, otra parte al odio de sus enemigos, y el todo al cinismo de una mujer ó á la institucion que permite á esa mujer pagar sus livianos placeres á costa de una nacion. Las privanzas son uno de los escollos en que naufragarán siempre las monarquías.

Pero volvamos junto á Godoy, preso en el cuartel de guardias. Desde el momento en que fué conducido allí, y que el príncipe de Asturias prometió que la ley le juzgaria y castigaria, parecerá que todo debió sosegar y volver á su ordinario curso. No sucedió así, porque no estaba consumado el fin de los directores de aquella revolucion que llevaba á la cabeza una banda de lacayos y cocheros. Hé aquí el complemento que le faltaba.

A eso de las dos de la tarde del mismo día 19 aparece puesto, no se sabe por quién, á la puerta del cuartel-prision un coche de colleras con seis mulas, é instantáneamente se difunde la voz de que tiene por objeto sacar al valido para conducirlo á Granada. El pueblo teme que se le haya arrebatado á su venganza para que la impunidad le conserve la vida y quizá le vuelva al poder, y torna allá más furioso en tropel, resuelto á impedir á toda costa su extraccion. En pocos minutos corta los tiros del ganado destroza el carruaje y amenaza violen-

tar las puertas del cuartel. Una convulsion tan prolongada hizo creer á los reyes, fatigados sus corazones de tanta pena, incertidumbre y humillacion, que la abdicacion era, como se lo decian los consejeros que les rodeaban, el único medio de poner término á los alborotos, y en tanto que Fernando, el prodigioso amuleto de aquellos días, volvía á disipar aquél, fué convocada para las siete de la noche una junta de todos los ministros del despacho, ante los cuales firmó la siguiente renuncia que le presentaron: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, despues de la más seria deliberacion, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto, es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor de todos mis reinos y dominios; y para que éste mi real decreto de libre y espontánea abdicacion tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicareis al consejo y demas á quien corresponda.—A don Pedro Ceballos.»

El nuevo rey entró entónces á ser reconocido y declarado tal por el anterior, y en seguida se retiró á su cuarto llevando consigo á los ministros, á la grandeza residente en el Sitio, á la servidumbre de la corona, á los jefes de su guardia, para ser allí aclamado con mayor solemnidad. El pueblo, apenas tuvo noticia de suceso tan apetecido, se apiñó á las puertas del régio alcázar para vitorear con inconsiderado entusiasmo al desconocido príncipe que le habia hecho desear con impaciencia el largo valimiento de Godoy.

A Madrid y á las provincias llegaron casi á un mismo tiempo la noticia del descubrimiento y prision del aborrecido príncipe de la Paz y la de la abdicacion de Carlos IV. La primera fué en todas partes un grito de venganza contra los que habian sido sus amigos ó servidores; en Madrid, congregado el pueblo en la plazuela llamada del Almirante, por tener él en ella su vivienda, penetró en sus espléndidos aposentos haciendo los mismos destrozos que



en Aranjuez sin robar también, é igual suerte sufrieron las casas de su hermano D. Diego, su cuñado el marqués de Branciforte, los ex-ministros Alvarez y Soler, D. Manuel Sixto Espinosa, jefe de la caja de consolidación, y el coronel Amorós, habiéndose notado en todas estas agitaciones cierto orden que no es propio del pueblo entregado á sus naturales arrebatos. En las provincias, no teniendo otro medio de demostrar el odio y la satisfacción por su caída, descolgaron los retratos del valido que había en las casas consistoriales, los arrastraron por las calles y concluían por quemarlos al estruendo de mil mueras. Donde había algun establecimiento que debiese á él su fundación, aunque fuese útil, como el jardín de aclimatación de Sanlúcar de Barrameda, era asimismo convertido en escombros ó en cenizas.

La noticia de la abdicación, siguiendo inmediatamente á la de la caída de Godoy, salvó á muchos de sus parciales, y puso el colmo al contento de los pueblos. Nadie pensó entonces, no digamos en la legitimidad de las abdicaciones, en esta contradicción del derecho divino de los reyes, pero al ménos en si la libertad del abdicante constaba de un modo exento de dudas y recelos, si la solemnidad del hecho se había consumado con todas las formalidades, si acto, en fin, de tanta importancia se había verificado con toda legalidad para no verse expuesto á las consecuencias ordinarias de esa aparente abnegación de los reyes: una protesta, y á la guerra civil. La uniformidad del sentimiento público no permitió entonces reflexionar sobre las circunstancias que lo acompañaron, circunstancias que supo recordar muy luego Napoleón para encubrir con una legalidad farisáica su proyectada usurpación. Carlos IV había, es cierto, manifestado alguna vez propósito de retirarse á gozar del descanso de la vida privada, y en la correspondencia de María Luisa se ve que pensaba verificarlo cuando su hijo se hubiese casado con alguna princesa de la familia del emperador. Pero tales propósitos, hechos por lo comun en momentos de contrariedades y disgustos, rara vez sobreviven al pasajero motivo que los produjo, porque nada seduce más al corazón humano que el poder, ni

hay cosa que tanto le aflija como los recuerdos de una pérdida grandeza. Aunque sea verdad que Carlos dijo en presencia del cuerpo diplomático, dirigiéndose á Strogonof, «que nada había hecho en su vida con más gusto,» ¿cómo desprender de la memoria la idea de la evidente coacción moral bajo que obró? ¿cómo no dudar ante el recuerdo de aquellos tres días de mortal angustia para el apocado espíritu del rey? ¿cómo creer en la espontaneidad y libertad de aquel acto pensando que lo ejecutó en medio de una sedición, instigado por su esposa, que veía en ello el único medio de salvar á su favorito, y rodeado de consejeros desleales y de conspiradores?

Aquellas palabras de Carlos IV eran las únicas que podían salir de sus labios en la solemnidad de un acto oficial bajo la presión de las circunstancias en que las profirió. Y lo que prueba que, á lo ménos por entonces, no era su intención despojarse de la corona, es que veinticuatro horas antes, al recoger, violentado por el tumulto, los mandos de Godoy, se los reservó para sí propio. Lo prueba, por último, que en la mañana del mismo día 19 hasta que estalló el alboroto, no manifestó á nadie tal pensamiento.

En ese caso ¿quién promovió el motin que obligó á Carlos IV á la renuncia? No se sabe; pero la reflexión, arrojando sobre este punto la luz de las circunstancias que lo acompañaron lo ilumina bastante. La facilidad con que las turbas se reúnen y conmueven, la docilidad que muestra en medio del desorden, el anuncio anticipado que se hace al rey de un alboroto, que no podía ya tener objeto, pues que se suponía á Godoy fugado, diciéndole que sólo el Príncipe de Asturias podía componerlo todo, la aparición del coche de colleras á la puerta del cuartel sin haberse sabido por quién ni de qué orden, la voz que se difunde atribuyéndole un objeto que debía conmover necesariamente al pueblo, las excitaciones que se hacen al rey para la renuncia en tanto que su hijo va á calmar el alboroto, ¿no son hechos todos que revelan una dirección á los tumultos, y que el objeto final de los conspiradores era la traslación de la corona á las sienes de Fernando? Hay al-



go empero más significativo todavía. Cuando el príncipe de Asturias de orden de su padre se presentó en el cuartel de Guardias para salvar al de la Paz, se sabe que le dijo como en pago del servicio que le hiciera en la causa del Escorial: «Te perdono», y que, habiéndole preguntado aquel con entereza si era ya rey, le respondió: «Todavía no; pero lo seré muy en breve.» Júntese á este hecho de tanta significación la informalidad con que se hizo la renuncia y la confirmación de Caballero en el ministerio por el nuevo soberano «en atención al mérito que había contraído en las últimas ocurrencias,» y se comprenderá quiénes pudieron ser los conspiradores de Aranjuez, quiénes los promovedores de la abdicación de Carlos IV.

Obsérvese, por último, el hecho bajo el aspecto legal. No se ignoraba seguramente que la presencia de las cortes y su aprobación expresa era indispensable para la validez de una abdicación, que tal había sido la práctica constante de la monarquía, sólo menospreciada, pero no desconocida, desde Carlos I; que hasta en los tiempos de Felipe V, cuando todas las libertades nacionales yacían por el suelo, el consejo de Castilla había pedido la reunión de cortes porque los «jurisperitos y los mismos del consejo real veían que no era válida la renuncia no hecha con acuerdo de sus vasallos.» En la degradación á que habían venido aquellas asambleas su aprobación hubiera sido una mera formalidad; pero así como esa formalidad se había cumplido en la proclamación del príncipe

de Asturias, debiera cumplirse, y con más razón, entónces, que había lugar á la sospecha de que los motines habían violentado la voluntad de Carlos IV. Este quiso reemplazar la sanción nacional con la del consejo de Estado, mandando que se le convocase, ó á lo ménos los miembros que hubiese presentes, para hacer ante él la renuncia dejando á otro día el celebrarla con las formalidades necesarias, mas tal era la impaciencia y la condición de los que le rodeaban que le hicieron ver en eso mismo un peligro. Y á pesar de que al día siguiente se convino en extender nuevamente la renuncia, acompañando ciertas condiciones que el abdicante quería imponer á su heredero sobre la conservación de la religión católica y de la monarquía, y sobre su establecimiento particular desde aquel día, se faltó á esta atención para con un padre, y se reprendió seriamente al consejo, porque, sin pensamiento el más remoto de oposición, intentó llenar la formalidad de costumbre de pasar el acta de la abdicación á informe de sus fiscales, mandándole proceder, inmediatamente á su publicación. Había impaciencia por una parte de ceñirse la corona, y por otra parte ardiente ansia de coger el fruto de aquella revolución palaciega.

El pueblo calló, porque tales eran sus deseos sin reparar que no hay para él felicidad duradera sino depende de las instituciones, y que el colocar á los hombres sobre las leyes es consagrar la tiranía y reconocer su propia esclavitud.